

así, dicen Moteczumacín. Tenia con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante desí, ni traer zapatos ni mirarle á la cara, sino era á poquitos y grandes señores. Con los españoles, que se holgaba de su conversacion, ó porque los tenia en mucho, no los consentia estar en pié. Trocaba con ellos sus vestidos si le parecían bien los de España; mudaba cuatro vestidos al día, y ninguno tornaba á vestir segunda vez. Estas ropas se guardaban para dar albricias, para hacer presentes, para dar á criados y mensajeros, y á soldados que pelean y prenden algun enemigo, que es gran merced y como un privilegio; y destas eran aquellas muchas y lindas mantas que por tantas veces envió á Fernando Cortés. Andaba Moteczuma muy polido y limpio á maravilla; y así, se bañaba dos veces cada día; pocas veces salía fuera de la cámara, sino era á comer; comía siempre solo, mas solemnemente y en grandísima abundancia; la mesa era una almohada ó un par de cueros de color; la silla un banquillo bajo, de cuatro piés, hecho de una pieza, cavado el asiento, labrado muy bien y pintado; los manteles, pañizuelos y toballas, de algodón, muy blancas, nuevas, flamantes, que no se ponían mas de aquella vez. Traían la comida cuatrocientos pajes, caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en la sala; salía él, miraba las viandas, y señalaba las que mas le agradaban. Luego ponían debajo de ellas braseros con ascuas, porque ni se enfriasen ni perdiesen el sabor; y pocas veces comía de otras, sino fuese algun buen guisado que le loasen los mayordomos. Antes que se asentase venían hasta veinte mujeres suyas de las mas hermosas ó favoridas ó semaneras, y servíanle las fuentes con grande humildad; tras esto se sentaba, y luego llegaba el maestresala, y echaba una red de palo, que atajaba la mesa de la gente, que no cargase encima; y él solo ponía y quitaba los platos; que los pajes no llegaban á la mesa ni hablaban palabra, ni aun hombre de cuantos allí estaban, entre tanto que el señor comía, sino fuese truhan, ó alguno que le preguntase algo, y todos estaban y servían descalzos. El beber no era con tanta cerimonia ni pompa; asistían á la contina al lado del Rey, aunque algo desviados, seis señores ancianos, á los cuales daba algunos platos del manjar que le sabía bien. Ellos los tomaban con gran reverencia, y los comían luego allí con mayor respeto, sin le mirar á la cara, que era la mayor humildad que podían mostrar delante dél. Tenia música, comiendo, de zampoña, flauta, caracol, hueso y atabales y otros instrumentos así; que mejores no los alcanzan, ni voces, digo, que no sabían canto, ni eran buenas. Había siempre al tiempo de la comida enanos, jibados, contrechos y otros así, y todos por grandeza ó por risa; á los cuales daban de comer con los truhanes y chocarreros al cabo de la sala, de los relieves. Lo demás que sobraba comían tres mil de guarda ordinaria, que estaban en los patios y plaza; y por esto dicen que se traían siempre tres mil platos de manjar y tres mil jarros de bebida y vino que ellos usan, y que nunca se cerraba la botillería ni despensa, que era cosa de ver lo que en ellas había. No dejaban de guisar ni tener cada día de cuanto en la plaza se vendía, que era, segun después diremos, infinito, y mas lo que traían cazadores, ren-

teros y tributarios. Los platos, escudillas, tazas, jarros, ollas y el demás servicio era todo de barro y muy bueno, si lo hay en España, y no servía al Rey mas de una comida. También tenía bajilla de oro y plata grandísima, pero poco se servía della: dicen que por no servirse dos veces con ella, que parecía bajeza. Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comía Moteczuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comía carne humana; y esto no era de ordinario. Alzados los manteles, llegaban aquellas mujeres, que aun todavía se estaban allí en pié, como los hombres, á darle otra vez agua manos con el acatamiento que primero, ó ibanse á su aposento á comer con las demás; y así hacían todos, salvo los caballeros y pajes que les tocaba la guarda.

De los jugadores de piés.

Quitada la mesa, iba la gente, y estándose aun Moteczuma sentado, entraban los negociantes descalzos, que todos se descalzaban para entrar en palacio los que traían zapatos, sino eran los muy grandes señores, como los de Tezcuco y Tlaxcopan, y otros pocos sus parientes y amigos. Venían pobremente vestidos; si eran señores ó ricoshombres, y hacia frío, poníanse mantas viejas ó groseras y ruines sobre las finas y nuevas; pero todos hacían tres ó cuatro reverencias. No le miraban al rostro, hablaban humillados y andando para tras. El les respondía muy mesurado, muy bajo y en poquitas palabras, y aun no todas veces ni á todos; que otros sus secretarios ó consejeros, que para esto estaban allí, respondían; y con tanto se tornaban á salir sin volver las espaldas al Rey. Tras esto tomaba algun Pasatiempo, oyendo música y romances, ó truhanes, de que mucho holgaba, ó mirando unos jugadores que hay allá de piés, como acá de manos; los cuales traen con los piés un palo como un cuarton, rollizo, parejo y liso, que arrojan en alto y lo recogen, y le dan dos mil vueltas en el aire tan bien y presto, que apenas se ve cómo; y hacen otros juegos, monerías y gentilezas por gentil concierto y arte, que pone admiración. A España vinieron después algunos con Cortés que jugaban así de piés, y muchos los vieron en corte. También hacían matachines; ca se subían tres hombres uno sobre otro de piés llanos en los hombros, y el postrero hacia maravillas. Algunas veces miraba Moteczuma como jugaban al patoliztli, que parece mucho al juego de las tablas, y que se juega con habas ó frisoles rajados, como dados de harinillas, que dicen patolli; los cuales menean entrambas manos, y los echan sobre una estera ó en el suelo, donde hay ciertas rayas como alquerque, en que señalan con piedras el punto que cayó arriba, quitando ó poniendo china. A esto juegan cuanto tienen, y aun muchas veces los cuerpos para esclavos, los tahures y hombres bajos.

Del juego de la pelota.

Otras veces iba Moteczuma al tlachtli, que es trinquete para pelota. A la pelota llaman ullaalitzli; la cual se hace de la goma de ulli, que es un árbol que nasce en tierras calientes, y que punzado llora unas gotas gordas y muy blancas, y que muy presto son cua-

jadas; las cuales juntas, mezcladas y tratadas, se vuelven negras mas que la pez, y no tiznan. De aquello redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balon ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puede dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, ó mas ó menos, como quien son los jugadores. También juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mismos, como hacen al patolli, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero mas ancha de arriba que abajo, y mas alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tienenlo siempre muy encalado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serían las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladrón ó adúltero, ó que moriría presto. Cada trinquete es templo, porque ponían dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes mas bajas, á la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y en medio del suelo hacían otras tales, cantando romances y canciones que para ello tenían, y luego venía un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podían jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al ídolo: tanto eran supersticiosos. A este juego llevaba Moteczuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni mas ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico.

Moteczuma tenía otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ea es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venían los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio y solaz, y era desta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendían una gran estera en el patio de palacio, y encima della

ponían dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; mas táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algun romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victorias, hazañas, y cosas tales; y esto va todo en copia por sus consonantes, que suenan bien y aplacen. Cuando ya es tiempo de comenzar, silvan ocho ó diez hombres muy recio, y luego tocan los atabales muy bajo, y no tardan á venir los bailadores con ricas mantas blancas, coloradas, verdes, amarillas, y tejidas de diversos colores; y traen en las manos ramilletes de rosas, ó ventales de pluma, ó pluma y oro; y muchos vienen con sus guirlandas de flores, que huelen por excelencia, y muchos con papahigos de pluma ó carátulas, hechas como cabezas de águila, tigre, caiman y animales fieros. Juntanse á este baile mil bailadores muchas veces, y cuando menos cuatrocientos, y son todos personas principales, nobles y aun señores; y cuanto mayor y mejor es cada uno, tanto mas junto anda á los atabales. Bailan en corro trabados de las manos, una órden tras otra; guían dos que son sueltos y diestros danzantes; todos hacen y dicen lo que aquellos dos guadores; que si cantan ellos, responde todo el corro, unas veces mucho, otras veces poco, segun el cantar ó romance requiere; que así es acá y donde quiera. El compás que los dos llevan, siguen todos, sino los de las postreras rengles, que por estar lejos y ser muchos, hacen dos entre tanto que ellos uno, y cúmpleles meter mas obra; pero á un mismo punto alzan ó abajan los brazos ó el cuerpo, ó la cabeza sola, y todo con poca gracia, y con tanto concierto y sentido, que no discrepa uno de otro; tanto, que se embebecen allí los hombres. A los principios cantan romances y van despacio; tañen, cantan y bailan quedo, que parece todo gravedad; mas cuando se encienden, cantan villancicos y cantares alegres; avívase la danza, y andan recio y apriesa; y como dura mucho, beben, que escancianos están allí con tazas y jarros. También algunas veces andan sobresalientes unos truhanes, contrahaciendo á otras naciones en traje y en lenguaje, y haciendo del borracho, loco ó vieja, que hacen reír y placer á la gente. Todos los que han visto este baile, dicen que es cosa mucho para ver, y mejor que la zambra de los moros, que es la mejor danza que por acá sabemos; y si mujeres la hacen, es muy mejor que la de hombres. Mas en Méjico no bailaban ellas tal baile públicamente.

Las muchas mujeres que tenía Moteczuma en palacio.

Moteczuma tenía muchas casas dentro y fuera de Méjico, así para recreacion y grandeza, como para morada: no dirémos de todas, que será muy largo. Donde él moraba y residía á la contina, llaman Tepac, que es

como decir palacio; el cual tenia veinte puertas que responden á la plaza y calles públicas. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; habia en él muchas salas, cien aposentos de á veinte y cinco y treinta piés de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazon, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con paramentos de algodón, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas, porque, ó eran de mantas sobre estereras ó sobre heno, ó estereras solas; pocos hombres dormían dentro en estas casas; mas habia mill mujeres, y algunos afirman que tres mill entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí Moteczuma las que bien le parecía; las otras daba por mujeres á sus criados y á otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo; las cuales, á persuasión del diablo, movían, tomando cosas para lanzar las criaturas, ó quizá porque sus hijos no habian de heredar; tenían estas mujeres muchas viejas por guarda, que ni aun mirarlas no dejaban á hombre; querían los reyes toda honestidad en palacio. El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Moteczuma y las de sus antecesores, es una águila abatida á un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teoacan hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlan, comiéndose los hombres, y traen por argumento que se llaman aquellas sierras Cuitlachtepetl, de cuitlactli, que es grifo como leon. Agora creo que no los hay, porque no los han españoles aun visto. Los indios muestran estos grifos, que llaman quezalcuitlactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello, y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho á leon, y parecen águila, porque los pintan con cuatro piés, con dientes y con vello, que mas áña es lana que pluma; con pico, con uñas, y alas con que vuela; y en todas estas cosas responde la pintura á nuestra escritura y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. Plinio, por mentira tiene estó de los grifos, aunque hay muchos cuentos dellos. Tambien hay otros señores que tienen por armas este grifo, que va volando con un ciervo en las uñas.

Casa de aves para pluma.

Otra casa tiene Moteczuma de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae á una muy grande huerta, en la cual hay diez estanques ó mas, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de dulce para las de rio y laguna, que muchas veces vacian, é hinchen por la limpieza de la pluma. Andan en ellos tantas de aves, que ni caben dentro ni fuera; y de tan diversas maneras, plumas y hechura, que ponían admiración á los españoles mirándolas; ca las mas de

llas no conocían ni habian visto hasta entonces. A cada suerte de aves daban el cebo y pasto con que se mantenían en el campo; si con yerbas, dábanles yerba; si con grano, dábanles centli, frísoles, habas y otras simientes; si con pescado, peces, de los cuales era el ordinario de cada dia diez arrobas, que pescaban y tomaban en las lagunas de Méjico; y aun á algunas daban moscas y tales sabandijas, que era su comida. Había para servicio destas aves trecientas personas: unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan de comer; unos son para espulgallas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando enloquescen, otros las curan enfermado, otros las pelan, que esto era lo principal, por la pluma, de que hacen ricamas, tapices, rodela, plumajes, moscadores y otras muchas cosas, con oro y plata; obra perfectísima.

Casa de aves para caza.

Tiene otra casa con muy cumplidos cuartos y aposento, que llaman casa de aves, no porque hay en ellas mas que en la otra, sino porque las hay mayores, ó porque, con ser para caza y de rapiña, las tienen por mejores y mas nobles. Hay en estas casas muchas salas altas, en que están hombres, mujeres y niños, blancos de nacimiento por todo su cuerpo y pelo, que pocas veces nascen así, y aquellos los tienen como por milagro. Había tambien enanos, corcovados, quebrados, con trechos y monstros en gran cantidad, que los tenía por pasatiempo, y aun dicen que de niños los quebraban y enjibaban, como por una grandeza de rey. Cada manera destes hombrecillos estaba por sí en su sala y cuarto. Había en las salas bajas muchas jaulas de vigas recias; en unas estaban leones, en otras tigres, en otras onzas, en otras lobos; en fin, no habia fiera ni animal de cuatro piés que allí no estuviese, á solo efecto de decir que los tenía en su casa el gran señor Moteczumacin, aunque mas bravos eran. Dábanles de comer por sus raciones, gallipavos, venados, perros, y cosas de caza; habia asimismo en otras piezas, en grandes tinajas, cántaros y semejantes vasijas con agua ó con tierra, culebras como el muslo, víboras, crocodillos, que llaman caimanes ó lagartos de agua; lagartos destrotos, lagartijas, y otras tales sabandijas y serpientes de tierra y agua, así bravas, ponzoñosas; y que espantan con sola la vista y su mala catadura; habia tambien á otro cuarto, y por el patio, en jaulas de palos rollizos y alcázaras, toda suerte y ralea de aves de rapiña; alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, nueve ó diez maneras de halcones, muchos géneros de águilas, entre las cuales habia cincuenta mayores harto que las nuestras caudales, y que de un pasto se come una dellas un gallipavo de aquellos de allá, que son mayores que nuestros pavones; de cada ralea habia muchas, y estaban por su cabo, y tenia de racion para cada dia quinientos gallipavos y trecientos hombres de servicio, sin los cazadores, que son infinitos; otras muchas aves estaban allí que los españoles no conocieron; pero decíanles ser todas muy buenas para caza, y así lo mostraban ellas en el semblante, talle, uñas y presa que tenían. Daban á las culebras y á sus compañeras la sangre de personas muertas en sacrificio, que chupasen y lamie-

Jardines de Moteczuma.

Sin las ya dichas casas, tenia tambien otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consentía Moteczuma que en estos verjeles hobiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos ó mercaderes, aunque con todo esto, tenia huertos con frutas, pero léjos, y donde poquitas veces iba. Tenia asimismo fuera de Méjico casas en bosques de gran circuito y cercados de agua, dentro de las cuales habia fuentes, ríos, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos y otros semejantes animales para caza, en que mucho y á menudo se ejercitaban los señores mejicanos. Tantas y tales eran las casas de Moteczumacin, en que pocos reyes se le igualaban.

Corte y guarda de Moteczuma.

Cada dia tenían seiscientos señores y caballeros á hacer guarda á Moteczuma, con cada tres ó cuatro criados con armas; y alguno traía veinte ó mas, segun era y lo que tenia; y así, eran tres mill hombres, y aun dicen que muchos mas, los que estaban en palacio guardando al Rey. Y todos comían allí de lo que sobraba del plato, como ya dije, ó sus raciones. Los criados ni subían arriba, ni se iban hasta la noche después de haber cenado. Eran tantos los de la guarda, que aunque eran grandes los patios y plazas y calles, lo linchian todo. Pudo ser que entonces por amor de los españoles pudiesen tanta guarda é hiciesen aquella apariencia y majestad, y que la ordinaria fuese menos; aunque á la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mejicano, que, como dicen, son treinta de á cien mil vasallos, y tres mill señores de lugares y muchos vasallos, residían en Méjico por obligacion y reconocimiento, en la corte del gran señor Moteczumacin, cierto tiempo del año. Y cuando iban fuera á sus tierras y señoríos, era con licencia y voluntad del Rey. Y dejaban algun hijo ó hermano por seguridad y porque no se alzasen; y á esta causa tenían todos casas en la ciudad de Méjico Tenuchtlitan. Tanto fué el estado y casa de Moteczuma; su corte tan grande, tan generosa, tan noble.

Que todos pechan al rey de Méjico

No hay quien no peche algo al señor de Méjico en todos sus reinos y señoríos; porque los señores y nobles pechan con tributo personal, los labradores, que llaman maceballin, con persona y bienes; y esto en dos maneras: ó son renteros ó herederos. Los que tienen heredades propias pagan por año uno de tres que cojen ó crian. Perros, gallinas, aves de pluma, conejos, oro, plata, piedras, salcera y miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, centli, ají, camatli, habas, frísoles y todas frutas, hortaliza y semillas, de que principalmente se mantienen. Los renteros pagan por meses ó por

sen; yaun, como algunos cuentan, les echaban de la carne; ca muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros. Españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedia terriblemente, y que temblaba si metían un palo; era mucho de ver el bullicio de los hombres que entraban y salían en esta casa, y que andaban curando de las aves, animales y sierpes; y nuestros españoles se holgaban de mirar tanta diversidad de aves, tanta braveza de bestias fieras, y el enconamiento de las ponzoñosas serpientes; mas empero no podían oír de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes del lobo, ni los fieros gañidos de las onzas y tigres, ni los gemidos de los otros animales, que daban teniendo hambre ó acordándose que estaban acorralados, y no libres para ejecutar su saña. Y certísimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo; y así era ello, porque en una sala de ciento y cincuenta piés larga, y ancha cincuenta, estaba una capilla chapada de oro y plata de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubíes, topacios, y otras así; adonde Moteczuma entraba en oracion muchas noches, y el diablo venía á le hablar, y se le aparecía, y aconsejaba segun la peticion y ruegos que oía. Tenia casa para solamente graneros, y donde poner la pluma y mantas de las rentas y tributos, que era cosa mucho de ver. Sobre las puertas tenían por armas ó señal un conejo. Aquí moraban los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores, y todos los que tenían cargo y oficios en la hacienda real. Y no habia casa destas del Rey donde no hubiese capillas y oratorios del demonio, que adoraban por amor de lo que allí estaba; y por tanto, todas eran grandes y de mucha gente.

Casas de armas.

Moteczuma tenia algunas casas de armas, cuyo blason es un arco y dos aljabas por cada puerta. De toda suerte de armas que ellos usan habia muchas, y eran arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras y espadas; broqueles y rodela mas galanas que fuertes; cascots, grevas y brazaletes, pero no en tanta abundancia, y de palo dorado ó cubierto de cuero. El jalo de que hacen estas armas es muy recio. Tuéstanlo, y á las puntas hincan pedernal ó huesos del pece libiza, que es enconado, ó de otros huesos, que como se quedan en la herida, la hacen casi incurable y enconan. Las espadas son de palo, con agudos pedernales engeridos en él y encolados. El engrudo es de cierta raíz, que llaman zacoll, y de teujalli, que es una arena recia y como de vena de diamantes, que mezclan y amasan con sangre de morciélagos y no sé qué otras aves; el cual pega, traba y dura por extremo; tanto, que dando grandes golpes no se desase. Desto mesmo hacen punzones, que barrenan cualquier madera y piedra, aunque sea un diamante. Y las espadas cortan lanzas y un pescuezo de caballo cercen; y aun entran en el fierro y mellan, que parece imposible. En la ciudad nadie trae armas; solamente las llevan á la guerra ó á la caza ó en la guarda.

años lo que se obligan; y porque es mucho, los llaman esclavos; que aun cuando comen huevos, les parece que el Rey les hace merced. Oí decir que les tasaban lo que habian de comer, y lo demás les tomaban. Visten á esta causa pobrísimamente. Y en fin, no alcanzan ni tienen sino una olla para cocer yerbas, y una piedra ó un par para moler su trigo, y una estera para dormir. Y no solamente daban este pecho los renteros y los herederos, pero aun servian con las personas todas las veces que el gran señor queria, aunque no queria sino en tiempos de guerras y caza. Era tanto el señorío que los reyes de Méjico tenían sobre ellos, que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos; y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenia, daba uno para sacrificar, lo cual es falso; que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comían hombres sino de los sacrificados, y los sacrificados, por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Crueles carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mujeres y algunos niños; empero no tantos como dicen, y los que eran después los contarémos por dias y cabezas. Todas estas rentas traian á Méjico á cuestras los que no podian en barcas, á lo menos las que menester eran para mantener la casa de Moteczuma. Las demás gastaban con soldados ó trocábanse á oro, plata, piedras, joyas y otras cosas ricas, que los reyes estiman y guardan en sus recámaras y tesoros. En Méjico habia trojes, graneros, y, como ya dije, casas en que encerrar el pan, y un mayordomo mayor con otros menores, que lo rescibian y gastaban por concierto y cuenta en libros de pintura; y en cada pueblo estaba su cogedor, que eran como alguaciles, y traian varas y ventallas en las manos; los cuales acudian, y daban cuenta con paga de la cogida y gente, por padron que tenían del lugar y provincia de su partido, á los de Méjico. Si erraban ó engañaban, morian por ello, y aun penaban á los de su linaje, como parientes de traidor al Rey. A los labradores, cuando no pagaban, prenden; y si están pobres por enfermedades, espéranlos; si por holgazanés, aprémianlos. En fin, si no cumplen y pagan á ciertos plazos que les dan, pueden á los unos y á los otros tomar por esclavos y venderlos para la deuda y tributo, ó sacrificarlos. Tambien tenia muchas provincias que le tributaban cierta cantidad y reconocian en algunas cosas de mayoría; pero esto mas era honra que provecho. De suerte pues que por esta via tenia Moteczuma, y aun le sobraba, para mantener su casa y gente de guerra, y para tener tanta riqueza y aparato, tanta corte y servicio; y mas, que de todo esto no gastaba nada en labrar cuantas casas queria; porque ya de gran tiempo están diputadas muchos pueblos allí cerca, que no pechan ni contribuyen en otra cosa mas de en hacerle casas, repararlas y tenerlas siempre en pié á costa suya propia; que ponian su trabajo, pagaban los oficiales y traian á cuestras ó rastrando el canto, la cal, la madera y agua y todos los otros materiales necesarios á las obras. Y ni mas ni menos proveian, y muy abundantemente, de cuanta leña se quemaba en las cocinas, cámaras y braseros de palacio, que eran muchos, y ha-

bian menester, á lo que cuentan, quinientas cargas de tamemes, que son mil arrobas; y muchos dias de invierno, aunque no es recio, muchas mas. Y para los braseros y chimineas del Rey traian cortezas de encina y otros árboles, porque era mejor fuego, ó por diferenciar la lumbre, que son grandes aduladores, ó porque mas fatiga pasasen. Tenia Moteczuma cien ciudades grandes con sus provincias, de las cuales llevaba las rentas, tributos, parias y vasallaje que dije, y donde tenia fuerzas, guarnicion y tesoreros del servicio y pechos, á que eran obligadas. Extendíase su señorío y mando de la mar del Norte á la del Sur, y docientas leguas por la tierra adentro; bien es verdad que habia en medio algunas provincias y grandes pueblos, como Tlaxcallan, Mechuacan, Pánuco, Teoantepec, que eran sus enemigos, y no le pagaban pecho ni servicio; mas valiale mucho el rescate y trueque que habia con ellos cuando queria. Habia asimesmo otros muchos señores y reyes, como los de Tezcucó y Tlacopan, que no le debian nada, sino la obediencia y homenaje; los cuales eran de su mismo linaje, y con quien casaban los reyes de Méjico sus hijas.

De Méjico Tenuchtitlan.

Era Méjico cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del Rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y diez moradores; y así, hay en ella infinitísima gente. Está fundada sobre agua, ni mas ni menos que Venecia. Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes, las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua, digo, la mitad de tierra, por donde andan los hombres á pié, y la mitad agua, por do andan los barcos. Las calles de agua, de suyo son limpias; las de tierra barren á menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas; una sobre la calzada, y otra sobre la agua, por donde se mandan con las barcas; y aunque está sobre agua edificada, no se aprovecha della para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pié de la cual están dos estatuas de bulto entalladas en la peña, con sus rodellas y lanzas, de Moteczuma y Axaiaca, su padre, segun dicen. Traéñla por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. Desta fuente se abastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos. Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro Méjico, donde mora Moteczuma, que quiere decir manadero, y es el mas principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque su propio y antiguo nombre es Tenuchtitlan, que significa fruta de piedra; ca está compuesto de tell, que es piedra, y de nuchtli, que es la fruta que en Cuba y Haiti llaman tunas. El árbol, ó mas propriamente cardo, que lleva esta fruta nuchtli se llama entre los indios de Culúa mejica-

nos, nopal; el cual es casi todo. Hojas algo redondas, un palmo anchas, un pié largas, un dedo gordas y dos, ó mas ó menos, segun donde nascen. Tiene muchas espinas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase, y va creciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pié, que viene á ser como árbol. Y no solamente produce una hoja á otra por la punta, mas echa tambien otras por los lados; mas pues acá los hay, no hay qué decir. En algunas partes, como de los teuchichimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo destas hojas de nopal. La fruta nuchtli es á manera de higos, que así tiene los granillos y el hollejo delgado. Pero son mas largos y coronados, como níscolas. Es de muchos colores. Hay nuchtli verde por defuera que dentro es encarnada, y sabe bien; hay nuchtli que es amarilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfetas y sabrosas son las blancas, de las cuales á su tiempo hay muchas. Duran mucho. Unas saben á peras, otras á uvas. Son muy frescas; y así, las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan mas por ellas que los indios. Cuanto esta fruta es mas cultivada es mejor; y así, ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas ó magrillas. Hay tambien otra suerte de nuchtli, que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa. Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tiñen mucho los dedos y labrios y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tiñen la orina en tanta manera, que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer destes higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacian reir los compañeros. Ansimesmo han picado muchos médicos recién llegados de acá, viendo las orinas de quien habia comido esta fruta colorada; porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, á gran risa de los oyentes y sabidores de la burla. De aquella fruta nuchtli, y de tell, que es piedra, se compone el nombre de Tenuchtitlan, y cuando se comenzó á poblar fué cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna; de la cual nascia un nopal muy grande, y por eso tiene Méjico por armas y devisa un pié de nopal nascido entre una piedra, que es muy conforme al nombre. Tambien dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fué Tenuch, hijo segundo de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después dije, esta tierra de Anauac, que agora se dice Nueva-España. Tampoco falta quien piense que se dijo de la grana, que llaman nuchitzli, la cual sale del mismo cardon nopal y fruta nuchtli, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí por ser color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera pues que ello fue, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlan, y el natural y vecino tenuchea. Méjico, segun ya dije arriba, no es toda la ciudad, sino la media y un barrio, aunque bien suelen decir los indios Méjico

Tenuchtitlan todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. Quiere Méjico decir manadero ó fuente, segun la propiedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay al rededor del muchas fontecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron así. Tambien afirman otros que se llama Méjico de los primeros fundadores, que se dijeron mejiti; que aun agora se nombran méjica los de aquel barrio y poblacion; los cuales mejiti tomaron nombre de su principal dios é ídolo, dicho Mejitli, que es el mismo que Vitcilopuchtlí. Primero que se poblase este barrio Méjico, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarle en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de tlatelli, que es isla. Está Méjico Tenuchtitlan todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene mas de tres entradas por tres calzadas: la una viene de poniente trecho de media legua, la otra del norte por espacio de una legua. Hacia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. Al mediodía está la otra calzada dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, segun ya dije. La laguna en que está Méjico asentada, aunque parece toda una, es dos, y muy diferentes una de otra; porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de pesces, y la otra de agua dulce y buena, y que cria pesces, aunque pequeños. La salada cresce y mengua; mas segun el aire que corre, corre ella. La dulce está mas alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y mas de quince de ruedo. Otro tanto terná la dulce en cada cosa; y así, bojará toda la laguna mas de treinta léguas, y terná dentro y á la orilla mas de cincuenta pueblos, y muchos dellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcucó, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sieras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas docientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque atl es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, segun el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número destas acalles, para segun lo que otros dicen; ca en solo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil dellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas dellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial dia de mercado.

Los mercados de Méjico.

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Mé-